

1  
LA ALEGRÍA,  
LA ESENCIA DE LA FIESTA

La alegría es la esencia de la fiesta y la fiesta es el paréntesis necesario para vivir equilibradamente. El equilibrio está relacionado con una justa realización de las actividades humanas. La dedicación unilateral a una actividad, por bella y noble que sea desde el punto de vista social o cultural, termina generando seres desequilibrados, faltados de aquella salud emocional básica para afrontar la vida. Esta dedicación unidimensional nos hace incapaces de desplegar habilidades elementales y destrezas para vivir en comunidades humanas. Vivimos dentro de un mundo, pero hemos olvidado el mundo y todo lo que se mueve fuera de este pequeño cosmos nos es alieno e indiferente.

Cuando una persona desarrolla reiteradamente un tipo de actividad y deja de cultivar otras posibilidades de su ser, se convierte en un ser obsesivo,

que tiene una facultad hipertrofiada, desproporcionadamente desarrollada, se le han atrofiado todas las otras facultades. Éste es uno de los riesgos en la suma especialización de las funciones laborales.

Cuando la formación pierde de vista la globalidad de la persona y se centra exclusivamente en una función, para lograr la máxima competencia, incurre en un grave error, porque el especialista termina dominando bien una técnica, pero es incapaz de vivir humanamente, de existir equilibradamente y este desequilibrio perjudica gravemente su actividad laboral y su rendimiento.

La fiesta, en sociedades regidas por el principio de rentabilidad, se concibe como una pérdida de tiempo, como una forma de malbaratar la existencia. Probablemente, por eso, se la reduce a la mínima expresión e, incluso, está mal visto festejar con frecuencia. Igualmente, hace falta una pedagogía de la fiesta y del juego, porque cada vez hay más profesionales en el mercado laboral que no saben jugar, ni festejar. Nos hace falta una pedagogía del diálogo y de la admiración, porque hay graves dificultades para ejercer el diálogo y admirar lo que nos rodea.

Deberíamos saber reservar un tiempo para la fiesta y para el trabajo porque corremos el peligro de convertirnos en seres incapaces para la celebración. Cuando perdemos esta propiedad, perdemos uno de los vectores básicos de toda cultura humana. Sin juego y sin fiesta, las comunidades humanas dejan de ser lo que genuinamente son. Los dos fenómenos son universalmente compartidos y un patrimonio valioso que es necesario conservar, innovar y desplegar. Vivimos en un mundo que de una forma creciente va perdiendo la capacidad de festejar. Convertimos la fiesta en una evasión colectiva, en un punto de fuga, en la ocasión para excederse. O la reducimos a la mínima expresión de lo que es o la convertimos en una ocasión para consumir, es decir, para gastar. Pero, en cambio, la condición fundamental de la fiesta no es el consumo: es la alegría. Si falta la alegría, la fiesta está muerta, por música que suene, porque es la médula espinal.

Hemos vaciado la fiesta de su significado más profundo, la hemos desnudado de su identidad y le hemos quitado su sentido originario. Muchas de nuestras llamadas fiestas no lo son en realidad. Se

quedan en simples intentos. Les falta la gratuidad y la imaginación, la expresividad, la libertad y la vitalidad. Demasiadas veces se convierten en una pura fuga, en agua de borrajas.

En las sociedades individualistas y consumistas, hemos transformado la fiesta en una ocasión para marcharnos, para fugarse del mundo laboral y de las presiones cotidianas. Pero la fiesta, contrariamente, es celebración de la existencia con y gracias a los otros. En el fondo, es un acto de gratitud a la vida, a la posibilidad de existir. Es la conmemoración del don. Me ha sido dada la ocasión de vivir, no he hecho méritos para existir, pero me alegro y lo festejo con otros que, como yo, sienten también el entusiasmo de estar y la gratitud de existir.

La fiesta nace de las profundidades del ser humano. No es un elemento de alienación, sino un encuentro lúdico y agradecido con las raíces de la vida. La matriz en la que se fecunda, se engendra y nace la fiesta en la profundidad del ser humano. Festejar es expresarse ritualmente, decir y decirse en un lenguaje simbólico, impregnado de imaginación y de poesía; comunicar y comunicarse con el alma y el cuerpo, liberándose de sí mismo. Más

que hablar, es gritar desde el fondo del alma. Este grito es un sí a la vida.

Como dice Joseph Pieper, la fiesta vive de la afirmación. No es una frívola evasión, ni un rechazo miedoso a la vida, sino un intento de conocerla y de afrontarla. Este es el secreto de la fiesta, tanto de las que se celebran en un clima de opresión, como de las que brotan en un clima de exuberante liberación. Es, para decirlo metafóricamente, el salto que nos libera de la traba; de la traba que liga y oprime. Como fenómeno humano, la fiesta es eminentemente comunitaria y exige el sentimiento de unidad. No hay fiesta entre seres anónimos o dialécticamente confrontados, tampoco no hay fiesta si lo que prima entre ellos son relaciones de competitividad. La fiesta se vincula a la paz y la paz a la armonía de las relaciones y al respeto a las personas. Mientras no haya paz, no hay fiesta, porque la paz es su condición de posibilidad.

La diabólica manía de reducir la vida a una actividad única y exclusiva como el trabajo nos convierte en seres unidimensionales, nos empobrece gravemente y, al final, perdemos riqueza humana, social y comunicativa.